



CENTRO ASTURIANO DE MADRID

Separata de la *Revista Asturias*

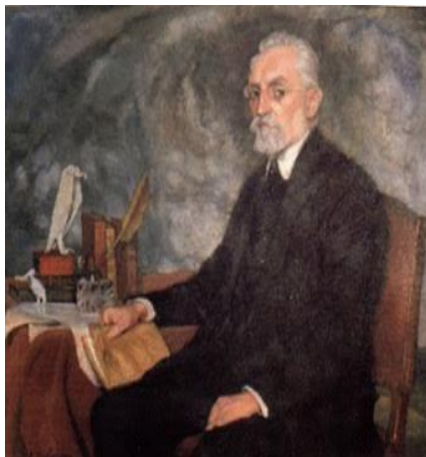
Nº 134. Madrid, 9 de diciembre de 2014

Edita e imprime: CENTRO ASTURIANO DE MADRID ©

ISSN 2254-7614 (versión impresa) ISSN 2255-1786 (versión electrónica)

D.L. M-5971-1986 (Separata)

---



*“Miguel de Unamuno”, cuadro del pintor Ignacio Zuloaga.*

*La rocambolesca educación familiar en la novela  
“Amor y pedagogía”,  
por Valentín Martínez-Otero Pérez*

**PALABRAS DE D. VALENTÍN MARTÍNEZ-OTERO**

*Presidente del Centro Asturiano de Madrid*

---

### Introducción

Buenas tardes a todos, señoras y señores. Bienvenidos al Centro Asturiano de Madrid. Hoy, en el marco del XX aniversario del Año Internacional de la Familia, la gran germinadora de personas, y del CL aniversario del nacimiento del egregio intelectual Miguel de Unamuno, presentamos este trabajo titulado *La rocambolesca educación familiar en la novela “Amor y pedagogía”*\*.

Tratar de educación exige hablar de la familia, por ser la primera y más importante comunidad educadora. La familia, en sus diversas manifestaciones, es la institución que más impacto tiene en la formación de la personalidad. El niño ve la luz en el ámbito familiar y su sello le acompañará toda la vida. Las conquistas cognitivas, emocionales, sociales, éticas y motrices básicas acontecen en el núcleo familiar. La familia ha experimentado grandes transformaciones en las últimas décadas. Ante estos cambios, las administraciones deben reaccionar. Es preciso diseñar políticas públicas concordes con los nuevos tiempos.

---

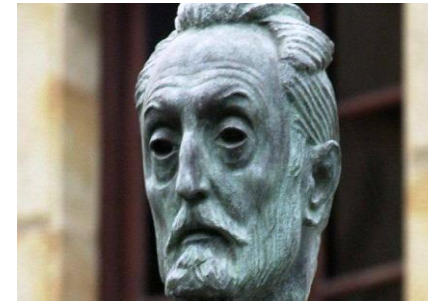
\* A partir del estudio contenido en mi libro (2010): **Literatura y educación. Cervantes, Galdós, Clarín, Palacio Valdés y Unamuno**, Madrid, CCS.



*Cuadro "Primeros pasos",  
de 1890, del pintor holandés  
Van Gogh*

En lo que se refiere a Miguel de Unamuno, recordemos que nació en Bilbao en 1864 y falleció en Salamanca en 1936. Cultivó diversos géneros en su obra y se le incluye en la llamada Generación del 98. Estudió Filosofía y Letras en Madrid y se doctoró en 1884 con una tesis sobre la lengua vasca. Tras varios intentos de acceder a una cátedra de Universidad, obtuvo la de Lengua y Literatura griegas en Salamanca. Desde entonces escribió con profusión. En 1901 fue nombrado rector de la misma Universidad.

Desarrolló intensas actividades políticas, alguna de las cuales le acarreo serios problemas, como el destierro en Fuerteventura por su crítica a la dictadura del general Primo de Rivera (1923-1931). En 1931, proclamada la República, se le nombró rector vitalicio de la Universidad salmantina.



*Detalle de la estatua en Salamanca  
de Miguel de Unamuno*

Unamuno fue un hombre contradictorio. Su compleja personalidad queda reflejada en su obra. Filósofo, novelista, ensayista, poeta... es bien difícil encasillarlo. Se muestra escurridizo y parece disfrutar con ello, aunque no se le pueden negar sus grandes dotes de escritor. Se construyó un personaje a su medida. Antonio Machado (1875-1939) le dedicó estos versos (1969, 159) por su libro *Vida de Don Quijote y Sancho*:

“Este donquijotesco  
don Miguel de Unamuno, fuerte vasco,  
lleva el arnés grotesco  
y el irrisorio casco  
del buen manchego. Don Miguel camina,  
jinete de quimérica montura,  
metiendo espuela de oro a su locura,  
sin miedo de la lengua que malsina.”

Unamuno es un gran admirador de don Quijote, aunque no de su padre literario, Cervantes, al que el filósofo vasco consideraba un

escritor muy por debajo de su magna novela. En alguna ocasión, incluso, Unamuno señala (2000, 256) que si Cervantes no nos revela la interioridad de don Quijote es porque no estaba capacitado para ello.

El pensamiento de Unamuno, en cierto modo, se sintetiza en el título de uno de sus libros: *Del sentimiento trágico de la vida*, reflejo del existencialismo, de la angustia vital, honda aflicción que brota del deseo de no morir. Unamuno lanza el grito del hombre doliente, de carne y hueso. Es una expresión desgarrada de la anhelada inmortalidad. Entre sus preocupaciones cabe citar la existencia más allá de la muerte, la religiosidad, el tema de Dios, al que se llega por la senda del amor y de la aflicción, etc. Unamuno es existencialista cristino, aunque no se atenga a dogmas especiales. Es, según él, la parte más iluminada de la duda la que despierta la fe más allá de formas convencionales de la fe. Es, en suma, un pensador singular, extraordinario y de lujo, difícilmente categorizable.

## Sinopsis

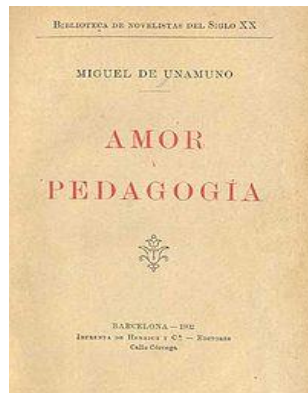


Imagen de la cubierta de “Amor y pedagogía”, de 1902

En relación a la novela que nos ocupa *Amor y pedagogía*\* (Unamuno, 2007), ofrezco inicialmente una síntesis:

Don Avito Carrascal, entusiasta de la pedagogía sociológica *sui generis*, quiere engendrar un genio, eso sí, varón: “...el genio ha de ser por fuerza masculino” (60). Está decidido a aplicar sus teorías, para lo que emprende la tarea deductiva de buscar esposa con la que tener el anhelado hijo genial. Aunque Don Avito traza los rasgos que la madre del futuro genio ha de tener, se frustra su inicial expectativa científica, pues, caído en el “abismo inductivo”, se enamora de otra mujer, Marina, con la que finalmente contrae matrimonio.

Tras casarse religiosamente, Marina queda embarazada. Don Avito, durante la gestación, continúa con su plan pedagógico, que incluye alimentación e instrucción de su esposa. Y es que como sostiene el Sr. Carrascal: “La educación empieza en la gestación..., ¿qué digo?, en la concepción misma...” (75).

Don Avito pone al recién nacido un nombre griego, Apolodoro (don de Apolo, de la luz del Sol, padre de la verdad y de la vida), por ser la lengua helena la de la ciencia. Desde la consideración de que la pedagogía es un biberón psíquico, lactancia artificial de lo que llaman espíritu, se empecina en la educación científica. Por eso, vive como una amenaza que el hijo sea bautizado secretamente o que la madre le bese, no sea que le contagie microbios. Está convencido de que el amor y la pedagogía son incompatibles.

---

\* Salvo en la reflexión final, en que manejamos también la edición de Alianza Editorial, del año 2008, todo el estudio se realiza a partir de UNAMUNO, M. DE (2007): **Amor y pedagogía**, Madrid, Austral.

La educación de Apolodoro se verifica a partir de la dirección técnica del padre y la tutela tradicional dispensada por la madre. En el despliegue del genio, don Avito confía en el apoyo que le proporciona el extraño filósofo don Fulgencio Entrambosmares, una caricatura de sabio.

Don Fulgencio convence a don Avito de que proporcione al niño educación social, que juegue con otros niños y de que vaya a la escuela. Carrascal cede a regañadientes, pero no renuncia a su peculiar proceso instructivo de índole científica. Mientras, la madre, de modo furtivo y silencioso, abraza y llena de besos a su hijo, cuyo verdadero nombre es Luis.

Ha de recordarse que Apolodoro/Luis tiene una hermana pequeña, de la que su padre apenas se preocupa, por ser niña: “El fin de la mujer es parir hombres, y para este fin debe educársela” (110). “Con la niña, Marina -dice a su esposa-, mucho aire, mucho sol, mucho paseo, mucho ejercicio, que se haga fuerte...” (110). Lo cierto es que la niña se desarrolla más rápido y mejor que su hermano.

Crece Apolodoro, se enamora de Clarita y un mundo nuevo se abre ante sus ojos. A pesar de su padre, desea ser literato, no filósofo, ni poeta, ni sociólogo. Fracasa con su primera novela y también en el amor. Derrumbado renuncia a la vida y piensa: “Soy un genio abortado; el que no cumple su fin debe dimitir... Dimito, dimito, me mato” (151). Y finalmente se suicida.

### **Comentario**

*Amor y pedagogía*, cuya primera edición corresponde a 1902, presenta, en mi opinión, diversos temas apropiados para el análisis pedagógico:

relaciones entre el amor y la ciencia, educación familiar, vocación, felicidad, diferencias de género, etc. El marco general de la obra, siguiendo la opinión del propio Unamuno en el prólogo (45), no es ajeno a “cierto espíritu agresivo y descontentadizo”.

No dudamos que Unamuno, como él anota (45), ataque sobre todo “las ridiculeces a que lleva la ciencia mal entendida y la manía pedagógica sacada de su justo punto” y no la ciencia y la pedagogía mismas. Por cierto, hoy debieran tomar buena nota de esta matización unamuniana algunos extremados detractores de la pedagogía, pues lo que ha de criticarse no es la pedagogía, sino la mala pedagogía. Esta ciencia, ocupa un lugar preeminente en el estudio de la educación y se distingue por el compromiso con su mejora. Por esta razón, las que han de combatirse son las tendencias pedagógicas inadecuadas, no la pedagogía misma, que, según queda dicho, constituye una atalaya desde la que se enfoca el proceso de perfeccionamiento humano.

El panorama científico de finales del siglo XIX, además de caracterizarse por un extraordinario dinamismo, experimenta una llamativa positivización, lo que supone la incorporación del método experimental en la investigación. Por influencia de Comte (1798-1857), considerado verdadero creador del positivismo y de la sociología, se enfatiza la trascendencia de los hechos constatados y de las observaciones sistemáticas que permiten extraer conclusiones y formular leyes. De acuerdo con este espíritu positivista el verdadero conocimiento científico es la realidad empírica, lo que supone prescindir de los juicios de valor.

De Comte también se hereda la visión historicista del conocimiento humano, que pasa por tres estadios fundamentales (teológico, metafísico y positivo) (2007, 17-34): 1) El *teológico o ficticio*, corresponde

a la antigüedad -infancia de la Humanidad-, y está guiado por las ideas religiosas. 2) El *metafísico o abstracto*, que sirve de puente entre el estado puramente teológico y el auténticamente positivo. La sociedad pasa a ser algo natural, no sobrenatural. 3) El *positivo o real*, en el que se descubre una inteligencia emancipada. La imaginación pierde su supremacía mental y se subordina a la observación, condición fundamental de toda saludable especulación de naturaleza científica.

Comte, célebre pensador galo, propuso impulsar una ciencia de la sociedad, la sociología, de carácter positivo y capaz de estudiar y orientar el comportamiento social hacia el orden y el progreso.

El ambiente europeo de la época no fue ajeno tampoco al impacto del genial naturalista inglés Charles Darwin (1809-1882). Su célebre obra *El origen de las especies mediante la selección natural*, se publicó en 1859 y desde su nacimiento fue objeto de encendida polémica.

La influencia de Darwin pronto se dejó sentir en numerosas disciplinas, además de la biología: la psicología, la sociología, la política, la filosofía, etc. Unamuno, por ejemplo, tradujo algunos libros de Herbert Spencer (1820-1903), famoso darwinista social inglés. Este darwinismo social está muy mal considerado, entre otras razones, porque el nazismo se sirvió de él para justificar la pretendida superioridad de la raza aria. La sociología de Spencer, inspirada en la biología, considera que hay una lucha por la existencia que lleva a la supervivencia de los mejor dotados. En cierto modo, este darwinismo social adentrado en el terreno pedagógico nos permitiría identificar, en los ámbitos familiar y escolar, a sujetos más aptos, llamados a triunfar, a dominar y a impulsar el progreso, explicado en clave meritocrática. Por supuesto, desde esta visión ha de rechazarse la intervención del Estado, su asistencia a los necesitados.

Unamuno en *Amor y pedagogía* satiriza este darwinismo pedagógico. Acaso habrá influido también sobre Unamuno su propia situación personal, pues es sabido que en torno a 1897 experimentó una profunda crisis espiritual según parece provocada por la enfermedad de su tercer hijo, Raimundín, que tuvo meningitis que le provocó hidrocefalia, de la que murió en 1902. Por cierto, esta enfermedad se menciona en la novela cuando Marina dice que tuvo un hermanito fenómeno y agrega “parece que estoy viendo aquellos ojos que querían salirse y aquella cabeza, ¡qué cabeza, Dios mío!” (68).

En el contexto científico y vital apuntado emerge *Amor y pedagogía* una novela tragicómica, irónica y satírica, en la que el protagonismo corresponde a la educación. En la obra se descubre la crítica hacia el cientificismo y la pedagogía positivista, a los que pinta de absurdos y peligrosos.

La complejidad de la novela puede descomponerse para su estudio con arreglo a dos dimensiones estructurales cardinales: 1) el descabellado plan pedagógico de don Avito, 2) la exaltación del amor en la educación. Ambos aspectos, aunque en orden inverso, aparecen en el título de la novela. En suma, dos cuestiones a las que pasamos revista.

### **El irracional plan pedagógico de don Avito**

Unamuno se burla de la pedagogía positivista empecinada en dirigir todo proceso educativo hasta en sus mínimos detalles. No duda en ridiculizarla ni en mostrar los muchos disparates a que se presta. Con esta actitud, el excelso escritor vasco, entretiene, divierte y promueve la reflexión.

La extravagante pedagogía eugenésica de don Avito se inicia con la búsqueda de la mujer “adecuada”, capaz de proporcionarle un hijo que, tras implantación de su plan educativo, se convierta en genio.

No falta el ingrediente cómico en la novela, toda ella salpicada de ingenioso humor, con frecuencia mordaz. Es el caso, por ejemplo, de la clasificación de los matrimonios en inductivos o deductivos. En los primeros, la novia precede a la idea de casarse, mientras que en los segundos es el propósito de desposarse el que conduce a la elección de pareja. “Y el matrimonio del futuro padre del genio tiene que ser, ¡claro está!, deductivo” (62).

Anclado en preocupaciones de índole genética, muy extendidas en la época, don Avito no deja de cavilar sobre el impacto de la herencia en el futuro vástago, de ahí que se pregunte constantemente cómo ha de ser su colaboradora en proyecto tan trascendente. Traza, de hecho, “en unas cuantas cuartillas los caracteres antropológicos, fisiológicos, psíquicos y sociológicos que la futura madre del futuro genio ha de tener” (62). Sin embargo, he aquí que esta primera previsión de nuestro excéntrico protagonista falla. Por misteriosa ley humana se enamora de otra mujer, Marina, que le acepta. En opinión de don Avito, ya está lista tanto la materia prima del genio, la madre, como la forma, el padre. Con ellos está echada igualmente “la suerte de las futuras generaciones” (69).

No se debe pasar por alto el sexismo exhibido por don Avito. En todo momento muestra su desconsideración hacia el género femenino, según él claramente inferior al masculino. Y es que: “La Materia es inerte, estúpida; tal vez no es la belleza femenina más que el esplendor de la estupidez humana, de esa estupidez que representa la perfecta salud, el equilibrio estable. Marina no me entiende; no hay un campo común en que podamos entendernos; ni ella puede nadar en el aire ni

yo volar en el agua. ¿Educarla? ¡Imposible! Toda mujer es ineducable; la propia más que la ajena” (71-72). Más adelante estas palabras quedan matizadas cuando dice: “El fin de la mujer es parir hombres, y para este fin debe educársela” (110).

Don Avito no hace sino reflejar la infravaloración de la mujer, a la sazón hartamente extendida, incluso la misoginia, y que llega atenuada hasta la actualidad. La discriminación de la mujer en diversos ámbitos de la vida social, económica, laboral y política comenzaba a fraguarse en la familia y en la escuela. La supuesta inferioridad de la mujer “justificaba” la subordinación al varón en el hogar, así como un proceso educativo escolar de peor calidad y más corto que el del hombre. Una de las pocas profesiones habilitadas para la mujer era la de maestra, a menudo con preparación paupérrima.

El pensamiento expresado por don Avito refleja el perverso circuito en que entonces la mujer permanecía confinada. Si reducimos el planteamiento a sus términos básicos, hallamos que al ser considerada incapaz carecía de sentido facilitar su acceso a una educación de calidad, con lo que en la práctica quedaba verdaderamente limitada en su desarrollo personal, lo que confirmaba su inferioridad.

No albergamos ninguna duda respecto a la intención crítica de Unamuno. La capa burlesca no oculta el mensaje reprobatorio del escritor respecto a la humillante situación de la mujer, a menudo dependiente de una figura masculina (padre, hermano, marido, incluso hijo), excluida de auténtica participación social y dedicada a labores domésticas. En las siguientes líneas se aprecia la censuradora actitud del escritor hacia la androcracia: “¿Y Marina? A los pocos días de trasladada del poder de su hermano al del marido se encuentra en regiones vagarosas y fantásticas, se duerme y en sueños continúa

viviendo, en sueños incoherentes, bajo el dominio de la figura marital que anda, come, bebe y pronuncia palabras extrañas” (72).

Como vemos, a veces ni siquiera durante el sueño (Hipnos), ese misterioso estado que, según el clasicismo griego, era hijo de la noche (Nix) y hermano gemelo de la muerte (Tánatos), lograba la mujer liberarse del dominio masculino. El yugo del varón planeaba hasta en el íntimo territorio onírico, lo que seguramente degradaba la calidad del sueño, por el aumento de despertares y pesadillas, así como por la menor impresión de descanso. Desde el punto de vista metafórico, además, hay que pensar en los muchos sueños, esto es, proyectos y deseos femeninos truncados por la dependencia del hombre.

El machismo de don Avito queda nuevamente probado cuando nace su hija. El tratamiento hacia la niña nada tiene que ver con el dispensado al hijo: “Ni la ha pesado ni medido, ni abierto expediente al nacer, ¿para qué? ¿Hija? Carrascal vuelve a pensar en eso del feminismo, al que jamás ha logrado verle alcance. ¿Hija? Allá por dentro le encocora la cosa, es decir, la hija” (109). Por ser niña deja que su madre se ocupe de ella y le ponga nombre, a él no le interesa. A fin de cuentas, algún día será mujer: “¡pobrecilla! (...) ¿Qué importa cómo se llame una mujer?” (110).



*D. Valentín Martínez-Otero, D<sup>a</sup> María Belando y D. Andrés Menéndez*

El hecho de que la niña comience a andar y a hablar más tempranamente que su hermano, el proyecto de genio, no es suficiente para que don Avito cambie su opinión sobre el género femenino. Claro que don Fulgencio, extraño filósofo amigo suyo, no le va a la zaga. Considera a la mujer “rémora de todo progreso” (112). En el diálogo nada socrático que los dos mantienen, asocian al hombre con el progreso, la reflexión, el entendimiento y la razón, y a la mujer con la tradición, el instinto, la memoria y la naturaleza. Agregan que las hijas de Eva, inclinadas a exagerar los dolores del parto, así como a fingir que sienten y discurren, son, a la postre, una suerte de hombres abortados, los “anti-sobre-hombres”.

Recordemos que la Historia está plagada de ideas del mismo calibre, incluso vertidas por reputados pensadores. Claro que no se ha de soslayar el dato de que la mayor parte de los que tan negativamente hablan del género femenino son hombres.

Es antiquísima la consideración de la mujer como ser pasivo y secundario, y del hombre como activo y principal. De hecho, el semen o “semilla” del varón contenía el principio de la vida. El hombre proporcionaba la forma, el espíritu, esto es, lo más elevado y noble, mientras que la mujer era simple mater-ia, inferior, y, como tal, dominable, moldeable y utilizable. Por eso, el propio don Avito considera a la mujer “como tierra dispuesta a recibir la simiente y que ha de dar fruto, y por tanto es preciso, como a la tierra, meteorizarla”. (110).

Por otro lado, en la díada naturaleza-cultura, tradicionalmente se ha considerado que en la mujer tenía más impacto lo natural/heredado y en el hombre lo cultural/adquirido. También don Fulgencio y don Avito concluyen que la mujer nace y el hombre se hace (113). A tal respecto, es vano discutir si cada género queda alineado en exclusiva a una sola potencia humanizadora, porque lo cierto es que tanto el hombre como la mujer deben su despliegue a la combinación de lo natural y lo adquirido.

Don Avito, a pesar de considerar ineducable a Marina, quiere darle forma en beneficio del futuro genio. Su estrambótico plan incluye ingesta de determinados alimentos, escuchar biografías de grandes hombres, contemplación de obras maestras en el Museo, asistencia a la Ópera para armonizarse, etc. Hasta hace traer un arístón (un instrumento musical) para escuchar música sin salir de casa. Está

convencido de que las vibraciones influirán positivamente en el embrión.

Todo está preparado para la fabricación del genio. La casa “dignamente” provista para acogerlo: techos altos, iluminación, aeración, antisepsia..., y, una vez nacido, se le busca nombre. Emerge con fuerza la dicotomía entre el padre y la madre. Avito opta por Apolodoro, Marina por Luis, nombre con el que es bautizado en secreto: “...Luis, el nombre de su abuelo materno (...) el nombre prohibido, el vergonzante, el íntimo” (95).

### **El papel del amor en la educación**

El amor en la novela queda asociado a la madre. De modo casi clandestino, se come a besos al niño. Se siente aterrada ante la posibilidad de que aparezca su marido, absolutamente contrario a las manifestaciones amorosas, al igual que a las tradiciones, los cuentos, las preocupaciones populares, etc. Y es que, como él mismo piensa: “¡El amor!, el pecado original, la mancha originaria de mi hijo, ¡oh qué simbolismo más hondo encierra eso del pecado original! (...) La pedagogía es la adaptación, el amor, la herencia, y siempre lucharán adaptación y herencia, progreso y tradición...” (100). Más adelante, agrega: “...porque el amor y la razón se excluyen” (101).

La visión antinómica que Unamuno presenta parece reflejar nuevamente su desconfianza en la deformadora pedagogía positivista y maquina. El filósofo vasco se muestra preocupado ante la exaltación y la extensión del cientificismo pedagógico de corte evolucionista que promueve la emergencia de lo que él considera un nuevo (des)orden social.



Otro indicador de la inquietud unamuniana lo encontramos cuando don Avito se apoya en Spencer para que su hijo desista de ser general: “No, Apolodoro, no; mi hijo no puede querer eso..., interpretas mal tus propios sentimientos... La sociedad va saliendo del tipo militante para entrar en el industrial, como enseña Spencer; fíjate bien en este nombre, hijo mío, Spencer, ¿lo oyes? Spencer, no importa que no sepas aún quién es, con tal que te quede el nombre, Spencer, repítelo, Spencer...” (101-102).

La absoluta insensibilidad educativa de don Avito le impiden respetar y canalizar los incipientes intereses vocacionales-profesionales del hijo.

Don Fulgencio, estafalario consejero de don Avito, excepcionalmente se muestra cabal cuando insiste en que se proporcione educación social a Apolodorín, de manera que pueda jugar con otros niños. Carrascal, permite que su hijo vaya a la escuela, experiencia que ensaya en dos ocasiones.

Pasa el tiempo y Apolodoro crece. El asesoramiento de don Fulgencio es ahora más directo. A pesar de la instrucción recibida, Apolodoro siente el latido vital, se acerca a la poesía, se le enciende la sangre y se enamora, aunque todo se frustra. Se siente profundamente desdichado, pero como le recuerda su padre, no fue educado para ser feliz (153).

El tramo final de la novela, lleno de dramatismo, tiene un desenlace funesto. Fallece Rosa, la hija de don Avito, y en Apolodoro se consolidan a la vez ideas de suicidio y de inmortalidad. Se ve crecientemente asediado por pensamientos negativos y por sentimientos de fracaso, vergüenza, culpa, amargura y autodesprecio. Su angustiada vivencia le hace creer que todo el mundo le desprecia y se burla de él. El vértigo existencial le aprisiona. Tan pronto se le

ocurre que el mundo está vacío como que las demás personas son meras sombras. Vive atormentado y se evade con anárquicos paseos por el campo, incluso se desplaza al cementerio para meditar sobre la muerte. En este complejo y turbado escenario psíquico no sorprende que eclosione el *erostratismo* del personaje espoleado por don Fulgencio. A pesar de la aparente contradicción con su humor depresivo, el anhelo de inmortalidad de Apolodoro se explica precisamente por la toma de conciencia de la muerte. Así como la mayor parte de las personas, salvo circunstancias extraordinarias, no tienen nunca sensación de muerte, es fácil que un sujeto angustiado elabore ideas tanáticas, en ocasiones autolíticas, otras veces hipocondríacas, generalmente con creencia de que la vida está seriamente amenazada por una enfermedad, pero también pueden surgir las que se organizan en torno a la “inmortalidad”, por ejemplo, la pretensión de alcanzar gloria eterna, por elevado que sea su coste. Es el caso del ciudadano efesio Eróstrato, quien en el año 356 a. C., incendió el templo de Ártemis en Éfeso por afán de celebridad. Es sabido, por cierto, que Unamuno aborda con frecuencia en su obra el tema del erostratismo, acaso reflejo de su ardiente deseo de inmortalidad.

Al lanzar de nuevo la mirada sobre la novela, encontramos a Apolodoro decidido a suicidarse, aunque no quiere renunciar a perpetuarse. La idea de tener descendencia ronda cada vez más por su cabeza. La voz del instinto le repite con insistencia: ¡haz hijos!, ¡hazte inmortal! Con este propósito, mantiene relaciones sexuales con Petra, la criada, pero poco después se arrepiente profundamente y precipita su final. Cuando su padre descubre el cadáver cae desfallecido en brazos de su mujer. “El amor había vencido” (164). No parece, sin embargo, que podamos echar las campanas al vuelo. Si nos atenemos a los datos que el narrador nos ofrece en el epílogo, don Avito, lejos de enmendarse, encuentra en su futuro nieto, el que se gesta en las

entrañas de Petra, la criada, otro conejillo de indias en el que aplicar con todo rigor su pedagogía: “Le educaré, sí, le educaré, le educaré con arreglo a la más estricta pedagogía, y no habrá don Fulgencio ni don Tenebrencio que me lo eche a perder, ni se rozará con otros niños. Le educaré yo, yo solo, que de algo me ha de servir la experiencia de lo pasado, le educaré yo y éste sí saldrá genio, Petrilla; te aseguro que tu hijo será genio, sí, le haré genio, le haré genio, y no se enamorará estúpidamente; le haré genio” (173).

A pesar de la irresponsable actitud del Sr. Carrascal, comparto lo que dice el propio Unamuno, cuando pone el broche a su Apéndice: “...y ahoguemus en amor, en caridad, la pedagogía” (209).

En la novela comentada la educación familiar asume el papel central. En este sentido, queda planteado en todo momento el contraste entre el amor y la pedagogía. En la proyección nuestro en columnas aspectos adscritos en la narración a estas realidades:

### **Amor**

Madre  
Herencia  
Tradición  
Tierra  
Materia  
Sentimiento  
Naturaleza  
Ignorancia

### **Pedagogía**

Padre  
Adaptación  
Progreso  
Aire  
Forma  
Razón  
Cultura  
Sabiduría

### **Reflexión final**

En mi opinión, Unamuno reprueba, mediante las polarizaciones presentadas, y en clave irónica, la discriminación de la mujer, al igual que la positivización de la pedagogía, esto es, la desmesurada confianza en los métodos educativos experimentales. De hecho, nos parece que el sexismo de don Avito y su disparatado plan eugenésico dan buena cuenta de la crítica unamuniana hacia la infravaloración del género femenino y hacia las teorías educativas científicas llevadas incluso al ámbito familiar, del que oficialmente queda excluido el amor. Apolodoro es una víctima de los experimentos.

En el prólogo-epílogo a la segunda edición, Unamuno (2008, 35) escribe, irónicamente, por supuesto: “El niño es del Estado, y debe ser entregado a los pedagogos -demagogos- oficiales del Estado, a los de la escuela única. ¡Pobre conejillo! ¡Pobre conejillo!, exclamaba Apolodoro en la policlínica del doctor Herrero, adonde le llevo su padre a ver los conejillos -cuines- en quienes se hacían experiencias patológicas. El pobre Apolodoro se suicidó. Haga Dios que no tengan que suicidarse mental y espiritualmente, se entiende- nuestros Apolodoros”. Escribía estas palabras Unamuno más de treinta años después de la primera edición, en un contexto en el que, según él mismo declara (2008, 34), tenía que meditar dolorosamente mucho, no ya sobre el amor y la pedagogía, sino sobre el amor y la demagogía -con la í acentuada, como pedagogía-, por referirse a la conducción del pueblo niño. Si don Avito quiso mediante la pedagogía hacer un genio, nosotros -continúa Unamuno- queremos hacer mediante la demagogía de nuestros hijos, y lo que es peor, de los hijos de nuestros prójimos, de sus padres naturales y espirituales, unos ciudadanos. Unamuno nos alerta de los peligros de los experimentos pedagógicos y demagógicos. Poco tiempo

después de escribir esas palabras se inició en España la guerra civil, que él llamaba “incivil”.

Sin amor, parece decir Unamuno, que, por cierto, no es ajeno a su tiempo, la educación se deshumaniza y se extingue. Y bien podemos preguntarnos a partir de él, ¿cuál es la esencia de la educación?, ¿qué misión tiene la pedagogía?, ¿qué papel corresponde al amor en la educación?, ¿qué vigencia tiene su pensamiento? Ojalá esta disertación nos anime a leer la obra de Unamuno.

No quiero concluir, sin decir que en la dicotomía planteada en la novela entre el amor y la pedagogía, no cabe defender una posición única. Quizá de forma inconsciente, el propio autor ha deslizado desde el título de la novela lo que consideramos la postura más cabal. Y es que, más allá de los tópicos presentados en la obra, a menudo en clave irónica, la conclusión que, desde mi punto de vista, cabe extraer, en línea con lo señalado por el filósofo y escritor británico Bertrand Russell (1998, 202), es que en cuestiones de educación familiar es tan importante el amor como la ciencia: “No hay más que un camino para el progreso humano en la educación, como en todas las cosas humanas, y es la ciencia guiada por el amor. Sin ciencia, el amor es impotente; sin amor, la ciencia es destructiva”.

## **Bibliografía**

- CABALLÉ, A. (2007): “Introducción”, en Unamuno, M. de: **Amor y pedagogía**, Madrid, Austral.
- CASTAÑEDA, P. (2008): **Unamuno y las mujeres**, Madrid, Visión Libros.
- COMTE, A. (2007): **Discurso sobre el espíritu positivo**, Madrid, Alianza.

- MACHADO, A. (1969): **Antología poética**, Madrid, Salvat.
- RUSSELL, B. (1998): **Sobre educación**, Madrid, Espasa Calpe.
- SANDOVAL, A. (2004): “El concepto de mujer en el pensamiento de Miguel de Unamuno”, **Cuadernos de la cátedra Miguel de Unamuno**, nº 39, págs. 27-60.
- UNAMUNO, M. DE (2008): **Amor y pedagogía**, Madrid, Alianza.
- UNAMUNO, M. DE (2007): **Amor y pedagogía**, Madrid, Austral.